

mente en 26 del mismo mes, se expresaba en estos términos el dicho secretario: «...pésame no estar en la corte de Su Santidad para poder hacer lo que Vuestra Majestad me envía á mandar agora... que desde aquí puédesse mal negociar aquello, porque de XX cartas que se escriben a Orbioto, donde Su Santidad está se pierden las XIX y allá no hay quien en ello entienda: y así será forzado esperar á que yo pueda ir seguro, que al presente mal aparejo hay, que no puede pasar de aquí á Roma ni de Roma á Orbioto español que no sea muerto, y en Roma no se puede estar seguro y en Orbioto me dicen que son muy mal tratados todos, aunque de Su Santidad no sería maltratado ninguno que allí estuviese por Vuestra Majestad; mas de los demás estaría en peligro según lo que de allí se ha escripto y escribe siempre, y á esta causa yo me vine aquí.»¹

De todo lo dicho en los documentos transcritos y autoridades citadas, se infiere claro cómo la *Nueva Luz* no anda fuera de camino, cuando apoyada en testimonio de autores graves de aquella centuria enseña que el Emperador D. Carlos V estuvo inocente del saco de Roma; que lloró con dolor tan deplorable empresa, más ó ménos exagerada por los enemigos de España y los poetas; y finalmente, que los desmanes y atentados que yo condeno y detesto como el que más, fueron en la mayor parte llevados á cabo por la soldadesca protestante impulsada y dirigida por el espíritu de secta y herejía, enemiga implacable de los Papas.

¹ El Secretario Pérez al Emperador.—*Memorias*, pag. 383 y 384.



APENDICE DESCRIPTIVO DEL MONASTERIO DEL ESCORIAL.

PARECE procedente ahora, por vía de apéndice muy provechoso y útil á los admiradores de Felipe II y de las artes, traer á la memoria y describir aquel su gigantesco *Monasterio del Escorial*, por ser monumento incomparable, la octava maravilla del mundo. Hélo aquí á grandes rasgos dibujado. Rodéanle la

LONJA Y LOS JARDINES.

I.

Aquella por el Norte y Poniente, con suelo adornado de hiladas de piedra berroqueña, cercado al todo fuerte antepecho de la propia materia separado de los muros 130 piés por el Norte, y 196 por el Poniente. Entrase allí por nueve aberturas provistas de pilastras con sus bolas, y cerradas con gruesas cadenas. El pedestal es una grada que ofrece asiento al viajero. Las casas de Oficios, de Infantes y la Reina son como muros guardadores de esta gran plaza. Al Oriente y Mediodía, colocados sobre bóvedas y pilastras, véanse muy severos y lindos jardines ó pensiles, regados por doce fuentes ó surtidores de buen gusto.

Fachadas.

Tiene la de Poniente 741 piés de largo y á cada extremo su torre de 200 y más piés de altura con muchas ventanas, pasamanos, acroteras y bolas, terminando en lindos capiteles piramidales vestidos de pizarra y rematados en una bola de dos varas y pico de diámetro hecha de cobre con cruz y veleta de hierro encima. En medio de esta fachada está la portada principal gigantesca, en que resalta el muro y forma allí dos cuerpos arquitectónicos, dórico y jónico. Sobre la puerta magna y en su nicho se muestra una estatua de San Lorenzo, con el libro de los Evangelios y las parrillas en las manos: es de quince piés de alto y su autor el toledano Juan Bautista Monegro.

Por la fachada del Mediodía comenzó la fábrica, colocándose la primera piedra en el refectorio, bajo la silla del Prior, en 23 de Abril de 1563. A los extremos de aquella se elevan otras dos torres, cada cual de unos 200 piés de altura. El lienzo que las une cuenta 580 piés de largo, 80 de alto, sirviéndole de adorno 296 ventanas.

La fachada de Oriente está formada por el mango de la parrilla que es la figura de todo el edificio. Constitúyela el respaldo de la Iglesia, la morada del fundador, los oratorios y tribunas que en el interior caen al presbiterio. Tiene en línea recta 744 piés y, como en las demás, son sus extremos dos torres de la misma altura y ábrense en ella no menos de 386 ventanas.

Cuenta la banda del Norte 580 piés de largo y de altura 62, ostentando también 180 ventanas y 4 puertas; tres de ellas para entrar en el Real Palacio y la cuarta en el Colegio.

PATIO DE LOS REYES.

II.

Llámase así, por las seis estatuas colosales de piedra berroqueña que ofrece; representan á Josafat, Ezequías, David, Salomón, Josías y Manasés. Los cuales salieron todos de una misma piedra enorme según la tradición, que dice: «Seis reyes y un

santo salieron de este canto y quedó para otro tanto.» Fué su autor Juan Bautista Monegro. Están colocados sobre robustos pedestales, y de unos á otros corre un balconaje de hierro fijo en la cornisa, desde donde el viajero las suele contemplar. De este patio arrancan las dos torres llamadas una «del órgano y la otra de las campanas» por haber tenido la de la izquierda uno formado de campanas, regalo de Monterey, gobernador en Flandes, año 1674, á Carlos II. Adornan este atrio 267 ventanas, contando las abiertas en las torres y los empizarrados. Por los arcos que están de frente, se pasa al vestíbulo de la iglesia, y las puertas que le hermocean dan entrada al convento por la mano derecha; al colegio por la izquierda, y las del medio al templo. Forman el vestíbulo de 138 piés de largo, por 20 de ancho, 10 arcos con sus pilastras, nichos y demás, todo de cantería primorosamente trabajada. Las tres puertas del templo ostentan marcos y armadura de ácana y tableros de encina con llamadores bellísimos, metálicos, de fundición.

Atrio del Templo.

Entrase en él por cualquiera de las puertas. Cuenta 60 piés en cuadrado. Es muy notable y atrevida su bóveda que aparece convexa, causando admiración y miedo á la vez por descansar sobre ella el enorme peso de todo el Coro. Está formada por 4 machones como en pilastra, ofreciendo un crucero con 4 arcos de 26 piés de alto y 12 de ancho á los extremos. Fórmanse aquí como dos naves pequeñas en que se ven cuatro capillas; dos de ellas con rejas de hierro y dentro dos altares dedicados respectivamente á San Cosme y San Damián, y á San Blas y San Sixto debidos al pincel de Carbajal. Allí celebraban misa los religiosos mendicantes y clérigos forasteros. De aquí se pasa al

Coro de los Seminaristas.

Es de 48 piés de largo y 14 de ancho, y está rodeado de asientos de nogal con sus respaldares dóricos, detrás de cuyos

tableros se guardaba la librería de canto para las misas de alba, ejecutado por los seminaristas y colegiales en tiempo de los monjes. Dejando este coro se penetra en el

TEMPLO.

III.

Es grandioso, magnífico y severo como la majestad de su fundador. Tiene de largo 364 piés y de ancho 230 formando crucero colosal en un cuadro de 180 piés. Su orden arquitectónico es el dórico. Descansa esta fábrica gigante sobre 4 robustísimos machones de 30 piés de grueso y distantes 53 unos de otros. Sobre ellos dan vuelta 24 arcos dispuestos de tal modo, que ofrece la basílica tres naves desde cualquier punto que se la contemple. Las pilastras ó machones ofrecen al pié entre todas 16 nichos, que son otros tantos altares muy hermosos. Asimismo los testeros de Mediodía y Norte contienen capillas muy espaciosas con altares de gran primor. En la mitad de los testeros aparecen los dos órganos con sus cajas ejecutadas éstas por el italiano José Flecha y aquéllos por Mas Sigiles. El cimborrio viene á ser como el fanal luminoso del templo, al cual da luz por ocho ventanas de 18 piés de alto, como se verá después, concluyendo en un linternín desde cuya clave arranca una pirámide istriada sobre la cual descansa la bola de bronce y la cruz que pesa 136 arrobas. La altura desde el pavimento de la iglesia hasta la cruz es de 330 piés. Dan más luz aún á la iglesia otras ventanas, que en número de 38 la rodean.

Bóvedas.

Las ocho de esta basílica están pintadas por Lucas Jordán el cual representó el Misterio del Verbo Encarnado en la que hay sobre el altar de la Anunciación. En la segunda, siguiendo la nave del Norte, se ve á los Israelitas, paso del Mar Rojo y el desierto. En la tercera, representase el triunfo de la Iglesia.

La cuarta, en la nave mayor junto á la del Coro, ofrece la Resurrección de los muertos para el Juicio universal. Sobre la capilla del Patrocinio aparece la virginal pureza de María Inmaculada Madre de Dios. En la sexta bóveda, sobre el altar de las once mil Vírgenes, está pintada la victoria de los israelitas contra los amalecitas. La siguiente, delante de la sacristía, ofrece el Juicio y la flagelación de San Jerónimo. Y finalmente, la que toca á la capilla mayor, representa la Muerte, sepultura, y Asunción de María Santísima. La Coronación de Nuestra Señora, en la bóveda de la Capilla Mayor, es de Luqueto.

Altars del Templo, comenzando por el púlpito del Evangelio.

1.—Los Apóstoles San Pedro y San Pablo, en actitud de hablar uno con otro, por el riojano Juan Fernández Navarrete, llamado *el Mudo*.

2.—En frente, San Felipe y Santiago, por el mismo Navarrete.

3.—La Anunciación de Nuestra Señora, por Federico Zúcaro, cuadro retocado por Juan Gómez. En este altar, así como en los huecos que cierran las pinturas que hay encima del mismo, se guardan multitud de reliquias cuyos vasos de oro y plata han desaparecido en la invasión francesa. En este altar, y en el de San Jerónimo de la nave opuesta, sólo quedan con reliquias 422 relicarios; siendo la forma de éstos, la de temples, pirámides, fanales, cajas, cabezas y brazos labrados en bronce, cristal y lapislázuli. Hay, entre estas reliquias, algunas de Jesucristo y de la Virgen. Trabajaron en estos relicarios Fr. Eugenio de la Cruz y Fr. Juan de la Concepción, legos de este Monasterio, Arfe y Villafaña, Juan Caraboglio y el célebre Jacometrezo.

4.—En la Capilla de San Juan se ven los altares de Santa Ana, con otras muchas figuras y el pórtico de un templo, por Lucas Cangiasi: el de

5.—San Juan Bautista predicando; por el mismo Cangiasi. Aquí se ostenta el sepulcro de la Reina Mercedes, de mármol.

les y jaspes, adornado con muchas coronas de gran valor ¹.

6.—Los Evangelistas San Juan y San Mateo, por Fernández Navarrete.

7.—En frente San Lucas y San Marcos, Evangelistas, por el mismo Navarrete.

8.—San Ildefonso y San Eugenio, Arzobispos de Toledo, por Luis de Carabajal, natural de la misma ciudad.

9.—San Miguel y caída de los ángeles rebeldes, por Peregrin Tibaldi, Boloñés.

10.—Los hermanos San Isidoro y San Leandro, por Carabajal.

11.—San Fabián y San Sebastián, en el martirio, por el mismo pintor.

12.—En frente, el martirio de los Santos Justo y Pastor, por el valenciano Alonso Sánchez Coello.

13.—El martirio de San Mauricio y su legión de Tebeos, por el florentino Rómulo Cincinato.

14.—Capilla de Nuestra Señora del Rosario. Hay aquí los altares siguientes: el de San Gregorio y San Ambrosio, vestidos de pontifical, por Sánchez Coello.

15.—San Gregorio Nacianzeno y San Juan Crisóstomo, por Carabajal.

16.—San Basilio Magno y San Atanasio, por A. Sánchez Coello.

17.—San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino, por Carabajal.

18.—San Jerónimo y San Agustín, de Sánchez Coello.

19.—La Virgen de Avila y Doctora Santa Teresa de Jesús, por D.^o Fierros.

20.—Fuera de esta capilla, también llamada de los Doctores, se ofrecen San Pablo primer ermitaño y San Antonio Abad, por A. Sánchez Coello.

21.—En frente, San Lorenzo y San Esteban, vestidos de Diáconos, por el mismo pintor.

¹ Léense de frente allí en derredor del sarcófago estas palabras: «María de Mercede Alphonso XII dulcissima coniux.

Domine intelligam in via immaculata quando venies ad me. Benedic anima mea Domino.»

22.—Bajo la bóveda plana, ó en la entrada del templo, San Sixto y San Blas, por Carabajal.

23.—San Cosme y San Damián, por el mismo Luis Carabajal.

24.—Tornando al templo á mano derecha las hermanas Santa Marta y Santa María Magdalena, por Juan Gómez.

25.—Enfrente, San Vicente y San Jorge, por Sánchez Coello.

26.—Capilla de Nuestra Señora del Patrocinio. Hay dentro en ella los siguientes altares: Santa Leocadia y Santa Engracia, por Carabajal.

27.—Santa Clara y Santa Escolástica, por A. Sánchez Coello.

28.—Santa Agueda y Santa Lucía, por Carabajal.

29.—Santa Cecilia y Santa Bárbara, por el mismo L. Carabajal.

30.—Santa Paula y Santa Mónica, por Alonso Sánchez Coello.

31.—Santa Catalina y Santa Inés, por el mismo S. Coello.

32.—Saliendo de esta capilla y entrando por la reja de madera, á la derecha se ve otro altar con un crucifijo de tamaño natural, de buena escultura y ejecutado en pasta. Profésanle los fieles particular devoción.

33.—Tornando á la nave del templo: San Martín y San Nicolás, por Carabajal.

34.—Enfrente: San Antonio de Padua y San Pedro mártir, por Juan Gómez.

35.—Dentro de la reja de madera: Santo Domingo y San Francisco de Asís, por Carabajal.

36.—Santa Ursula y compañeras mártires. También se llama este altar, de las once mil Vírgenes, dibujado por Peregrín Tibaldi y pintado por Juan Gómez.

37.—San Benito y San Bernardo, por A. S. Coello.

38.—Siguiendo por la susodicha nave: San Bartolomé y Santo Tomás; el primero con la piel de su propio cuerpo en una mano, por *El Mudo*.

39.—Enfrente: San Bernabé y San Matías, por Fernández Navarrete, *El Mudo*.

40.—Altar relicario de San Jerónimo, por Federico Zúcaro y retocado por Juan Gómez.

41.—San Andrés y Santiago, por Navarrete, *El Mudo*.

42.—En frente: San Simón y San Judas, por el mismo Fernández Navarrete.

Todas las cuales pinturas al óleo, firmadas muchas de ellas por sus célebres autores, costaron 26.460 ducados con 34 maravedis; y son todas ellas excelentes y de mérito artístico notabilísimo, como de manos tan peritas y pinceles de fama universal.

Púlpitos.

Son de alabastro y mármoles finísimos; mas son las columnas, pasamanos y adornos de bronce dorado á fuego, así como los medallones de los cuatro Doctores y Armas del Monasterio que ostenta el de la derecha, y de los cuatro Evangelistas y Armas Reales que ofrece el de la izquierda. Los mandó hacer Fernando VII á D. Manuel Urquiza, y costaron cerca de millón y medio de reales.

Capilla y Altar Mayor.

Se sube á ella por doce gradas de jaspe sanguíneo, y ocupa 70 piés de largo y 33 de ancho; y otras cinco gradas de igual materia conducen á la meseta sobre la que se alza el Altar mayor, aislado del retablo. Es riquísimo; todo de mármoles y jaspes embutidos. Las puertas con jambas y dinteles de jaspe verde, que hay á los lados, conducen al Sagrario; las otras, á derecha é izquierda del presbiterio, son entrada para el Real Palacio unas, y la morada de Felipe II las otras.

Retablo.

Es fábrica sólida, rica y bellísima, de mucha severidad y verdad. Su elevación es de 93 piés, ancho de 94. Se compone de cuatro cuerpos: de orden dórico el primero, jónico el segundo, corintio el tercero y mixto el cuarto. La materia de que

está hecho son jaspes y bronce dorado á fuego. Cada cuerpo ostenta cuadros y estatuas de gran mérito. Los lienzos del primero, Nacimiento del Señor y Adoración de los Magos, son de Peregrín Tibaldi. Los del segundo, Martirio de San Lorenzo; la Flagelación y el Señor con la cruz áuestas son de Tibaldi el primero y de Zúcaro los otros dos. Del mismo son también la Asunción de la Virgen, la Resurrección del Señor y Venida del Espíritu Santo, que adornan el tercer cuerpo. Todas las quince estatuas magníficas del retablo fueron obra de León Leoni y su hijo Pompeyo, año 1588. Magnífico también, y preciosísimo, es el tabernáculo donde real y verdaderamente está, y vive, y permanece como en el Cielo, nuestro Señor Sacramentado. Fórmale un templete circular, de orden corintio, con su zócalo, sostén de ocho columnas de diaspro sanguíneo. Su cuerpo ó caja es cilíndrico, con molduras, nichos, puertas, encasamentos, maravillosamente trabajados. Fué destruido por los franceses y restaurado en 1827 por Fernando VII. Lo trazó Juan de Herrera, y la ejecución es de Jacobo Trezzo.

Relicarios.

Están, según se dijo, al Oriente de las naves menores del templo. Fueron riquísimos en vasos de oro y plata hasta la invasión del ejército francés en 1808, que impió y descreído, dejó por desprecio las santas reliquias y se apropió los relicarios. Guárdanse aún vasos de madera y bronce por centenares, con sus reliquias dentro. De las cuales, según la tabla del antecoro, hay en todo el regio edificio no menos de 7.422: cuerpos enteros, 10; cabezas, 144; huesos mayores, 306; y menores los restantes. Muchas de ellas están en los altares llamados de reliquias y relicarios que hay encima de éstos, casi todas traídas allí por Felipe II. Todos tienen sus auténticas, que reclamaba siempre el Rey, á quien no fácilmente se le vendía, como suele decirse, gato por liebre.